

Felipe Ximenez de Sandoval

JOSÉ ANTONIO

(Biografía apasionada)



Prólogo de
RAMÓN SERRANO SUÑER

Carlos Rojas

Prieto y José Antonio:
Socialismo y Falange
ante la tragedia civil

Editorial Dirosa

Colección Documentación y Ensayo
N.º 17

Primera edición Marzo 1977

Diseño de este volumen y portada: A. PAUSAS

Depósito legal: B. 11289-1977

ISBN: 84-7358-040-0

© CARLOS ROJAS y EDITORIAL DIROSA

Diputación, 248 – Tel. 302 44 38 – Barcelona-7

Impreso en Gráficas Socitra, Salvadors, 22, Barcelona

Prólogo

Carlos Rojas, ensayista, historiador, novelista, profesor de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Emory, en Atlanta, nos ofrece en este libro sus reflexiones sobre dos de los hombres de mayor personalidad política durante los años de la II República, y maneja en un análisis inteligente, con criterio selectivo, propio de un historiador avezado a esta clase de trabajos, testimonios abundantes rigurosamente depurados.

Se estudiaron en él dos personalidades muy diferentes en su origen, en su educación, en su vida privada, en su formación intelectual y en su ideología, que llegaron, sin embargo, de alguna manera, y en alguna medida -insuficiente por desgracia-, a encontrarse por la doble vía del patriotismo y del talento. En ocasiones no son las ideas las que separan a los políticos, sino las circunstancias y, también, la falta de sinceridad, de conocimiento y de sentido histórico ante los problemas del mundo y de la vida.

De la personalidad de José Antonio Primo de Rivera ya hemos hablado en otras ocasiones y algo más podríamos añadir ahora. José Antonio era más joven que Prieto, y su formación intelectual mucho más sólida y rigurosa. No tenía, en cambio experiencia parlamentaria cuando por primera vez se enfrentó con éste -del que hemos hablado menos- en el Parlamento. Por el contrario, el líder socialista tenía ya bien acreditada allí su capacidad de polemista. Polemista temible y desgarrado, pero a quien su gran talento natural le hacía consciente de sus limitaciones y fallos en el campo de la cultura. Puedo decir con absoluta certeza, y con conocimiento próximo, que Prieto sintió siempre un gran respeto tanto por las jerarquías intelectuales - Besteiro, Sánchez Román, Azaña- como por otros estilos diferentes y aún opuestos al suyo.

Dos hombres tan distintos como José Antonio y Prieto tal vez habían nacido para haberse entendido, después de reconocerse con recíproca admiración, a través de una serie de incidencias en la vida. La escasa relación personal que tuvieron se inició de una manera desagradable; fue en las primeras sesiones de la legislatura del año 1933, cuando las derechas -con su gran triunfo electoral- habían llevado a la Cámara casi la mayoría de los diputados. Planteado entonces el problema de las responsabilidades contraídas durante la Dictadura del General Primo de Rivera, fue Prieto el primero en tomar la palabra; y en un momento de su discurso se refirió al contrato con la Compañía Telefónica Nacional «que controlada, dijo, por un sindicato norteamericano, ha enajenado la soberanía nacional con cláusulas vejatorias para nuestra independencia, y que todos sus aspectos constituyen un latrocinio». Al escuchar estas palabras José Antonio (que por cierto se encontraba en el extremo opuesto del hemiciclo), gritando ¡mentira canalla!, saltó como un tigre para abofetearlo y se produjo gran alboroto, peleando a puñetazos los diputados socialistas con algunos de la derecha, simpatizantes o amigos de José Antonio. Y en medio de tan grande confusión sé por

experiencia personal que los golpes que se cruzaron herían, a veces, no a los enemigos sino a los mismos amigos del atacante. A don Santiago Alba Bonifaz, que presidía la sesión, le costó mucho trabajo restablecer el orden.

Aquel episodio desgraciado fue seguido de una actitud de reserva y antipatía por parte de los dos; la distancia entre ambos políticos era muy grande, y la hostilidad surgía inevitable. Pero como sólo en espíritus mezquinos son imprescindibles los resentimientos, aquella tensión entre ellos se fue apalancando y no tardó en extinguirse. Prieto era un gran orador político, muy ocurrente y lleno de vitalidad; sus grandes capacidades de parlamentario, su facilidad para informarse de cualquier asunto, le llevaban a intervenir en casi todos los debates que allí se producían, y a José Antonio empezó a divertirle aquel juego dialéctico, aquel ingenio y buen humor del diputado socialista.

Un día José Antonio y yo nos encontrábamos sentados juntos, fuera los dos de nuestros respectivos escaños, y ocupando otros vacíos, lo que era corriente hacer en sesiones poco espectaculares, como cuando se discutían las arideces de los presupuestos de los distintos departamentos ministeriales. Eran los debates de totalidad sobre el Presupuesto, con la intervención de los distintos jefes de las minorías y las grandes figuras, los que atraían la atención de todos, los que llenaban la Cámara. En aquella ocasión se trataba concretamente del presupuesto del Ministerio de Obras Públicas y, de pronto, al levantarse Prieto para hablar -había sido ya Ministro del ramo-, se poblaron todos los escaños. Empezó éste su discurso con frases campanudas y ampulosas, acompañadas de gestos tribunicios. Ante aquella actitud, José Antonio, que no tenía respetos humanos, se puso en pie y con ademanes y acento burlones -como haciendo una anotación periodística al discurso- exclamó: « ¡Bravo, bravo, muy bien, grandes aplausos!» Prieto no lo tomó en consideración; siguió su discurso profundizando en el tema, y sus palabras, en un principio vanas, empezaron a contar autentica elocuencia y un tono de verdadera emoción resucitando el eco de otras grandes voces de españoles insignes que allí sonaron con su patriotismo crítico.

Hablaba Prieto de la redención de la pobreza de nuestro país a través de la enseñanza y de los grandes planes de una política hidráulica nacional; y como lo autentico es muy contagioso -sobre todo cuando el que escucha tiene autenticidad- José Antonio, que había empezado burlándose sintió en la profundidad de su espíritu de patriota -y de reformista, o de revolucionario, entonces creo que era más lo primero que lo segundo- aquel futuro español: "la España soñada" que Prieto dibujaba con sus palabras.

Recuerdo que en voz baja, y como hablando a solas para sí; decía: «Esto es otra cosa, esto está muy bien»; y volvió a aplaudir pero entonces ya seriamente, y dirigiéndose a mí me dijo: «Esto -se refería al Parlamento- poniéndole límites, sería necesario para que puedan resonar en el país, en función de creación y de crítica, voces de hombres inteligentes; y constituiría, a la vez, una escuela de formación política importante y una plataforma para la manifestación de nuevos valores.»

Por su parte, Indalecio Prieto demostró tener un espíritu generoso en el excelente discurso que pronunció con motivo del suplicatorio a la Cámara para que se autorizara a la Sala Segunda del Tribunal Supremo a proceder contra José Antonio. Pocas semanas antes se había concedido esa autorización para procesar al diputado socialista Lozano, con la

protesta de sus correligionarios y al plantearse el caso de José Antonio, Prieto se opuso a ello por las mismas razones por las que lo hizo en el caso de su compañero: «y todo representante de unas ideas que a mí no me gustan, pero que tienen realidad en el país y si lo excluimos de aquí esa tendencia quedará sin representación alguna en la Cámara». Se necesita valor político para adoptar esa postura, pues no habían de faltarle y no le faltaron, por ella censuras e insultos en los grupos extremistas de su propio partido. Indalecio Prieto era entre las grandes figuras del partido socialista español seguramente el menos sectario, con un socialismo humanista, democrático y liberal; odiado por la beatería marxista de Largo Caballero desde su inferioridad -«el mayor monstruo, los celos»- intelectual y humana. De esa beatería estuvo libre Besteiro a pesar de ser, seguramente entre todos, el más profundo conocedor de la obra de Marx.

Más tarde, estando ya recluido José Antonio en la cárcel Modelo, escribió con alegría en su periódico «que Prieto se acercaba a la Falange» y al margen de todo sectarismo, creyendo en su talento y en su amor a España, tuvo la ilusión de que lanzando un día por la borda su carga demagógica, rompiera con los extremismos de su partido y asumiera la dirección del gran movimiento revolucionario con sentido nacional que él venía propugnando. Contra lo que observadores superficiales de uno y otro bando político pudieron pensar - y algunos lo seguirán pensando- no había en realidad entre los dos un distanciamiento abismal, y creo que puede sostenerse fundadamente que en el orden sociopolítico la postura de José Antonio -el nacional-sindicalismo- era más avanzada que la de Prieto, pero siempre en su pensamiento y en su propósito estuvo, por otra parte, la conversación de los valores tradicionales.

Prieto, durante la guerra civil, fue un político con humanidad. Yo personalmente, así me he considerado siempre en el deber de recordar que, en un discurso que pronunció por la radio - yo lo oí en mi efímero escondite en los últimos días de julio -; ante los crímenes atroces que se estaban cometiendo tuvo el valor - que pocos acreditaron - de condenarlos enérgicamente y decir a los milicianos «que tuvieran pechos acerados para el combate pero piedad en la retaguardia». Por esto y por todo lo expuesto, cuando José Antonio fue condenado, se apresuró a preguntar con interés si Prieto figuraba en el Gobierno de la República.

Cuando fracasó en Valencia el Alzamiento militar, José Antonio quedó aislado y le llegaron a la cárcel de Alicante noticias de que lo planeado como mero golpe de Estado se había convertido en guerra civil; y él no se resignaba ante el hecho terrible, porque lucidamente preveía sus consecuencias y, como es sabido, se ofreció al gobierno republicano como mediador, dejando a su familia en rehenes, y a tal fin preparó allí notas para un manifiesto en el que analizaba con pesimismo -con realismo- la situación, y con entereza, arrostrando sin miedo el peligro, señalaba desde su cautiverio los errores de un bando y del otro y decía que frente a las excesos, atropellos y vejaciones de los republicanos, temía la desoladora mediocridad política del otro lado; y los tópicos y la falta de un sentido nacional de largo alcance que conducirían a la vuelta de unos años -otra vez- a la revolución negativa. Por lo que proponía deponer las hostilidades y constituir, con carácter nacional, el gobierno que debía arrancar hacia una época de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones y sin ánimo de represalia que hiciera de España un país tranquilo, libre y atareado. Más tarde, desde Méjico, Indalecio Prieto escribiría «que Primo de Rivera coincidió con su discurso de Cuenca, y que él coincidía con este pensamiento que José Antonio había apuntado en el

boceto de su manifiesto como salida única». Una mayor comunicación y conocimiento entre los dos podría haber constituido una posibilidad que evitase la tragedia, lo que tal vez se hubiera podido lograr en los primeros días de agosto de mil novecientos treinta y seis.

Luego vino su emocionante discurso ante el tribunal popular -cuando José Antonio había superado la etapa reformista- cuyos jueces políticos respondieron martilleando Sí, Sí, Sí, a las preguntas para un veredicto que le condenaba y que cortó su vida. Porque no es cierto. Que haya habido sobrevivencia en lo que vino luego, pues -salvo un difícil intento de salvar parcialmente su mensaje- sólo hubo utilización y deformación.

Prieto, dentro de lo peligroso que allí sería defender la causa de José Antonio, parece ser que trató de salvarle la vida con el único argumento que en aquellas horas de pasión, de odio y de miedo, podía contar: para la Republica era más útil un José Antonio vivo que mártir.

Cuando ya todo estaba consumado, pensaba Prieto si las divergencias entre el socialismo y el falangismo no serían sólo secundarias, y en si, por el contrario, se darían entre las dos coincidencias capitales. Digamos finalmente, como el profesor Rojas señala, que las conclusiones de Indalecio Prieto; que transcribimos, eran -son- trágicamente validas tanto ayer, como hoy y como siempre: «La confrontación de ideologías, que no se hizo entonces debe hacerse ahora. Porque es necesario un esfuerzo generoso en busca de puntos de concordia que hagan posible la convivencia, tratándose como hermanos y no peleando como hienas.»

Ramón SERRANO SUÑER